

Reflexión y crítica

Descubrimiento de América. De la conquista a la reconciliación

Leopoldo Zea

El descubrimiento y la conquista de América por parte de los pueblos iberos, recién salidos de un proceso de reconquista, pero también de mestizaje con el mundo islámico, es un complejo proceso histórico y cultural, en el que se cruzan dimensiones contrapuestas, de voluntad de encuentro y mestizaje y, al tiempo, de sometimiento y colonización cultural. El proceso de independencia y liberación de los pueblos hispanoamericanos supuso, no sólo la liberación de la metrópoli, sino el peligro de un nuevo colonialismo de signo sajón. L. Zea analiza con originalidad este complejo proceso, defendiendo, la especificidad de lo «latino» para la América de habla hispanoportuguesa, como urdimbre integradora y reconciliadora de lo diverso.

1492 La reconquista

El año de 1492 fue un año crucial para la historia de España. Es el año en que España da término a la Reconquista, la liberación de la Península del dominio árabe impuesto a lo largo de casi ocho siglos. Es el año en que Cristóbal Colón sale y descubre, sin proponérselo, un Mundo Nuevo. El 2 de enero de ese año los Reyes Católicos que sitian el último reducto del dominio moro, Granada, se encuentran con el último señor moro, Boabdil que les entrega las llaves del Alcázar de Granada. La reconquista ha terminado. En ese mismo lugar, en Santa Fe, Cristóbal Colón convence a los Reyes Católicos de extender la cristianización a los lejanos pueblos de oriente de los que hablaba Marco Polo. Se pueden hacer realidad los designios universales de Cristo, llevando su doctrina hasta el último rincón del orbe. Esto también implica la obtención de los bienes materiales propios del comercio con la lejana región. La evangelización no estaba reñida con una buena acción mercantil.

Terminaba el largo cautiverio de la península ibérica que, a partir de un día de abril del año 711, iniciaron los moros al invadirla a través del estrecho que recordara con su nombre el del guerrero que puso en marcha la hazaña, Tarik. Rencillas internas entre los iberos justificarán y posibilitarán la conquista como varios siglos después las rencillas entre los habitantes del Continente descubierto por Colón ayudarán a los Cortés, Pizarro y otros muchos capitanes.

Los españoles, concluida la reconquista harán de inmediato gala de intransigencia religiosa y cultural persiguiendo moros y judíos, sacrificándolos y expulsándolos si no renunciaban a sus creencias. La persecución fue religiosa y cultural, pero no racial, porque era difícil para los españoles del siglo XVI afirmar la pureza de sangre como podían hacerla en lo religioso. En los siglos bajo dominio árabe, los iberos habían aprendido a convivir con otras razas, y a mestizarse con ellas. Mestizaje que también originaba el inevitable aunque inaceptable mestizaje cultural para una mentalidad que trataba de afirmarse presentándose como campeona de Cristo. Eran estos Cruzados los que lograban en la Península lo que en vano intentaron los cruzados en Tierra Santa. Lo que no quisieron aprender, de su obligado contacto con la cultura de sus conquistadores, fue la tolerancia. Tolerancia de la cual daban fe los diversos ritos que era posible practicar bajo dominio moro. Sinagogas judías y templos cristianos podían establecerse al lado de las mezquitas islámicas, siempre y cuando no pretendieran imponerse unas a las otras.

En el Corán se dice: «Oh Señor, no permitas que mi tumba se vuelva un ídolo». Cada hombre y cada pueblo ha de realizar su propio y peculiar modo de ser y esto obliga a la tolerancia. También se dice que «Dios es único, absoluto, eterno, infinito, incomparable, inefable, creador del universo». Sin embargo, para llegar a él existen muchas vías que ha de encontrar el hombre en su interior. «En verdad estoy cerca —dice el Corán— y respondo al que llama desde que me llama». No es un Dios el que determina sobre la bondad y la maldad premiándolo o castigándolo. Son los hombres, con sus obras, los que hacen posible la bondad o la maldad, pero de ello son absolutos responsables. El musulmán filipino César Abid Majul explica: «El estímulo dado por el Islam a la tolerancia para las creencias ajenas había llegado a establecer un diálogo de culturas que provocaba un intenso florecimiento espiritual e intelectual en un vasto escenario abierto en todas direcciones a partir de Arabia». «Es evidente que no puede existir hermandad verdadera mientras haya explotación entre los hombres, tiranía, arrogancia e ignorancia»¹.

El libanés Salah Stétie habla del reclamo de los árabes a la diferencia. Todos los hombres tienen derecho a ser diferentes, individuales; ningún hombre tiene derecho a imponer a otro su identidad. Un reclamo que se vuelve a hacer en este fin del siglo XX; hecho ya desde los lejanos días en que el Corán se presentaba como opción religiosa. Esta tolerancia no es una forma de superioridad, sino la disposición de aceptar como propio al prójimo. En el *hadith* se dice que

¹ *Culturas*, Vol. II, Núm. 4, UNESCO, París, 1980.

todos los hombres tienen el mismo origen, por lo cual «el árabe no se considera superior al extranjero, ni el extranjero superior al árabe, ni el blanco al negro, o viceversa, sino únicamente por la piedad». Esta tolerancia fue la que facilitó ese peculiar género humano que surgió en la Península ibérica y se expandió, por una región del Nuevo Mundo.

Américo Castro nos habla de cómo se fue gestando este peculiar género humano: «Ni en Occidente ni en Oriente hay nada análogo a España y sus valores (sin que nos interese decir si son superiores o inferiores a otros) son sin duda muy altos y únicos en su especie». «No cabía, en efecto, ni decir que lo español era lo europeo ni que era lo oriental, y hubo por tanto que idear una especial categoría, la de la hispanidad, para hacer el problema intellegible». «La idea servía, Santiago apareció de golpe como anti-Mahoma; el Arcipreste de Hita, como un mudéjar adaptador de Ibn Hazm; la Inquisición judaica; la ausencia de poesía lírica entre los siglos XI y XIII, como una reacción defensiva contra la sensualidad musulmana; Castilla, Cataluña y Galicia se colocaron en su sitio, y aparecieron haciendo lo que era de esperar»². La presencia Mora en la Península cambió su historia, la apartó de la que se hacía en la Europa al otro lado de los Pirineos. «España sucumbió, o más exactamente, fue apartada del curso seguido por los demás pueblos occidentales» dice Américo Castro. Apartamiento que se hace expreso en el *Poema del Cid*, en el que se confunde el mundo de moros y cristianos. ¿Quiénes son los moros? ¿Moros aliados con cristianos y cristianos con moros? ¡Alá es Alá y Mahoma su Profeta! ¡Dios es Dios y Santiago su campeón! Esta relación hizo de España fortaleza e Iberia siguió otro destino. «Sin tal fermento —dice Américo Castro—, la Península hubiera seguido el destino del Norte de África o hubiera sido ocupada por los Europeos del Norte». Los iberos reconquistaron sus tierras de los moros, pero también detuvieron en Roncesvalles a los francos de Carlo Magno. Estaba sellado el peculiar destino de la Península, que en mucho se asemeja a la de Europa, al Este del Continente, la Europa eslava que enfrentó a los conquistadores de la lejana Asia y de esta forma fue involucrada racial y culturalmente con sus conquistadores.

1492 La conquista

Terminada la Reconquista la realización de los sueños de Cristóbal Colón serán posibles. Saldrá ahora en busca del Gran Khan de Catay de cuyas glorias y riquezas había hablado el veneciano Marco Polo. Existía un camino más corto, que el tomado por los mercaderes europeos para llegar a las sedas y especies del lejano Oriente, el mar. Camino más corto que el que intentaron los cruzados en el siglo XI para conquistar esas tierras con la espada. Colón salió en ese mismo año en la búsqueda de mercancías, y de ser posible para convencer al Gran Señor de esas tierras de aceptar el cristianismo. Misión mercantil, no de conquista.

² CASTRO, Américo: *España en su Historia*, Losada, Buenos Aires, 1948.

Marchando hacia el occidente esperaba Colón encontrar en poco tiempo las tierras a las que con dificultad se podía llegar marchando por tierra hacia el oriente. El 12 de octubre de 1492 Colón tropezó con un trozo de tierra que poco coincidía con las descripciones de Marco Polo y de los geógrafos de la época. Sus habitantes parecían gente distinta a sus descubridores, pero no era la gente de la que hablaba el viajero veneciano. Gente bella, pero desnuda que huía como gacelas ante cualquier ruido extraño. Gente amable, casi sin vello, que regalaba a sus descubridores todo lo que tenía incluyendo los adornos de un metal tanpreciado en Europa, el oro. «Esta gente es muy mansa —dice Colón— y muy temerosa y desnuda, como tengo dicho, sin armas y sin ley. Estas tierras son muy fértiles». «Son gente sin mal, no de guerra, desnudos todos, hombres y mujeres, como sus madres les parió». Gente temerosa que huye fácilmente. Gente que tiene oro «que traen en el pescuezo y las orejas, los brazos y las piernas». Debe haber mucho oro. «Gente cobarde que no tiene armas, buenos a hacer lo que les mandan». ³ Es gente fácil de dominar, rica y desprendida y, al parecer, sin señor. Y por ello fácil de cristianizar. ¿Qué hacer con ella? Esta descripción no coincide con la hecha de los pueblos que relata Marco Polo. De haberse encontrado a los feroces guerreros del gran Khan, que han llegado hasta la misma Europa, y con los guerreros de Cipango que resistieron la invasión de los mongoles, otra sería la historia. Gente que tendría que tener algún señor. Pero ¿qué es todo esto? ¿El Paraíso? y esa gente ¿ángeles? o, simplemente ¿son pobres bestezuelas?

Pero ¿a dónde está su Señor? Este sería el Gran Khan al cual llevaba Colón una misiva de sus reyes. Pero ¿dónde está? Pregunta a los indígenas, nadie sabe. Le hablan de los caníbales que incursionan y se llevan gente para comérsela. ¡Caníbal! ¡Caníbal! ¡Caníbal! ¡Can! ¡Can! ¿No será este el Gran Khan que anda buscando? Colón dice, «el caníbal no es otra cosa que gente del Gran Khan, que debe estar cerca, manda naves a capturar a los isleños y como no vuelven creen que se los ha comido». De allí su gran miedo. ¿Pero en dónde está? Mientras queda claro, Colón empieza a tomar posesión de las tierras y gente con la que se encuentra en nombre de sus señores de España y en nombre de Cristo. «Es gente buena que hace buenos cristianos». La misión mercantil se torna en misión de conquista y colonización. Algo que no habría sido posible si Colón acierta y se encuentra con Catay y Cipango.

Se conquista y coloniza el Caribe y a partir de aquí la tierra firme, aunque nunca estuvo seguro de lo encontrado. Para él es Asia, las Indias. Pero nada había que lo confirmase y lo desengañase. Será otro navegante, Américo Vesputio, que dé su nombre a la nueva región. Pero allí no está el Gran Khan, ni señor alguno cuya gente no puede ser conquistada. Muchos otros navegantes marchan hacia el occidente conquistando tierras y hombres. Los encubrimientos serán otros, ya no se confunde a esa gente con la que describió Marco Polo.

³ COLÓN, Cristóbal: «Diario del Primer Viaje», *Textos y documentos completos*, Alianza Universal, Madrid, 1984.

Gente extraña y maravillosa, aunque no tan desarmada como la que encontró Colón. Gente capaz de resistir, pero dividida por sus diversos pueblos, como fácil de conquistar Europa en esos tiempos. Gente supersticiosa, que al igual que los europeos creen en sus propios presagios los cuales tienden a su sometimiento.

Se inicia una expansión nunca soñada, la expansión de Europa sobre las tierras descubiertas por Colón, y con ellas sobre las que estaban al occidente en Asia, sobre Catay, la India, el Japón y también toda el Africa. Se universaliza la historia en la conquista y colonización. Los adelantados serán los pueblos iberos, España y Portugal. Los que llegando al estrecho que llaman de Magallanes entran a otros mares, los del Pacífico y con ellos a las mismas tierras buscadas por Colón. Las tierras que en vano habían tratado de conquistar los viejos cruzados. Tierras ahora al alcance de los navegantes. Portugal y España se lanzan los primeros a la conquista y colonización de esas tierras, Catay y Cipango. Pero tropiezan pronto con la resistencia de los mismos. Les siguen los navegantes ingleses, franceses y holandeses. Conquista aún más fácil, porque no pretende la salvación de sus almas como los iberos. Bastan los brazos para trabajar y explotar las riquezas de ese mundo. Asia y Africa pueden quedarse con sus almas y culturas. En Norteamérica donde llega la misma expansión, nada se quiere saber con regiones densamente pobladas como las que conquistó y colonizó España. Sólo tierras desiertas, fértiles y con poca gente pero en estado natural y puede ser fácilmente anulada, acorralada o exterminada. Nada con gente que haga peligrar los exclusivos valores del Mundo Occidental.

El conquistador y colonizador ibero llevan junta la tolerancia musulmana y la intolerancia del cruzado que expulsó a moros y judíos. Salvo que no se siente naturalmente molesto junto a gente de otra raza, y está dispuesto a integrarla si es necesario, por la fuerza, así lo hizo en la Península. Es la supuesta superioridad de su fe y cultura que los lleva a rechazar al otro como un semejante. Coinciden en este sentido con la intolerancia de otros colonizadores, como puritanismo sajón. Salvo que este último se defiende de toda posible contaminación con gente distinta a su cultura y religión. No así el ibero, empeñado como estaba en imponer al conquistado su cultura y religión, para salvarlo de las guerras de Satán. Pero el conquistador al mezclarse con el conquistado se convierte en inferior al metropolitano, pasando también a ser gente marginal, y por ello condenada a la servidumbre.

Ya en el siglo XVI se pone a discusión la extraña identidad de los indígenas con los cuales se han encontrado. ¿Hombres? ¿Bestias? ¿Gente de razón? ¿Irracionales? Los teólogos y misioneros en Salamanca y Valladolid discuten sobre la naturaleza de los mismos. Fray Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda son claves en la discusión. Para el primero son gente de razón y por ende capaces de decidir sobre sí mismos. Para el segundo, *homúsculos*, hobrecillos, menos que hombres que por ellos han de quedar bajo la encomienda de sus conquistadores y colonizadores. Para salvar sus almas deberán pagar a sus salvadores con la propia servidumbre. Esto será también válido para todo nacido en este continente, indio, criollo, africano, mulato, mestizo y los mismos conquis-

tadores involucrados con sus conquistas. En 1810, al iniciarse la emancipación de las colonias de la América bajo dominio español, los metropolitanos usaron los mismos argumentos discriminatorios para justificar su dominio, como lo hiciera la expansión occidental. Se trata de gente inferior por naturaleza.

Sin embargo, en forma natural, sin arrogancias, el conquistador y el colonizador se mezclan con las indígenas. No ven en ello contaminación alguna como lo consideró la expansión sajona. Así como los moros gustaban de las mozas españolas y los españoles de las musulmanas, igualmente los españoles gustan en América las mozas indias. Así se va dando la mestización racial que acabará asimilando la misma intolerancia cultural de los iberos. José Vasconcelos al explicar el por qué de la adopción del calificativo de Latina para esta América dice: «Los llamados latinos, tal vez porque desde el principio no son propiamente latinos, sino un conglomerado de tipos y razas, persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico para sus relaciones sexuales. Sean cuales fueren las opiniones que a este respecto se imitan, y aún la repugnancia que el prejuicio nos causa, lo cierto es que se ha producido y se sigue consumando la mezcla de sangres. Y es en esta fusión de estirpes que debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana»⁴. La fusión alcanzada en la Península, se realizará también en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, esto originara los graves problemas de identidad que desvelarán a los hombres de la región. Los que se plantea Bolívar el libertador y Sarmiento el civilizador. El uno para liberarse del pasado, el otro para entrar a la modernidad. ¿Indios? ¿Españoles? ¿Africanos? ¿Americanos? ¿Europeos? y de allí la tajante disyuntiva entre «civilización y barbarie», progreso y retroceso.

1810 *La liberación*

Al iniciarse el siglo XIX la América bajo dominio ibero, pone en marcha su propia reconquista o liberación contra el dominio impuesto. En la lucha por la independencia dice Andrés Bello «lo que lo ha hecho prevalecer en ella es cabalmente el elemento ibérico. La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España. El instinto de patria reveló su existencia a los pueblos americanos, y reprodujo los prodigios de Numancia y de Zaragoza. Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos improvisados de la otra Iberia joven, que, adjurando el nombre conservaba el aliento indomable de la antigua en defensa de sus hogares»⁵. Para la reconquista no se necesitan conquistadores sino libertadores. Simón Bolívar, hablando de esta hazaña dice: «Según esos señores nadie puede ser grande, sino a la manera de Ale-

⁴ VASCONCELOS, José: *La raza cósmica*, México, 1925.

⁵ BELLO, Andrés: «Investigaciones sobre la influencia de la conquista», 1844. *Antología del Pensamiento de lengua española en la Edad Contemporánea*. Editorial Séneca, México, 1945.

jandro, Cesar y Napoleón. Yo no quiero ser ninguno de ellos, yo no quiero ser conquistador; yo quiero superarlos a todos en desprendimiento ya que no puedo igualarlos en hazañas. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano»⁶.

A la altiva constancia del cruzado español se sumaba en la tolerancia islámica. Para que los hombres pudiesen convivir como pares entre pares, en una relación horizontal de solidaridad, no eran necesarios los conquistadores. Pero la conciliación de estirpes y cultura tropieza siempre con la arrogancia metropolitana para mantener su hegemonía. De allí las palabras de Bolívar: «Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores. Tan negativo era nuestro estado que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de todas las naciones. La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido por siglos puramente pasiva: su existencia política era nula. Esta América no sólo estaba privada de su libertad sino también de la tiranía activa y dominante»⁷. Nuestras tiranías no servían al pueblo de los tiranos, sino a intereses ajenos a ellos. Esto había que cambiarlo.

¿Quiénes son o qué son los hombres que luchan para liberarse de un pasado infamante? «No somos ni indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles —dice Bolívar— en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado». Se plantea la más difícil de las tareas, la de dejar de ser lo que se es, para ser algo distinto, ajeno a toda la experiencia histórica que forma a los pueblos. Bello explica lo que sucedía en la situación planteada: «Para la emancipación política, estaban mucho mejor preparados los americanos, que para la libertad del hogar doméstico. Se efectuaban dos movimientos a un tiempo: el uno espontáneo, el otro imitativo y exótico; embarazándose a menudo el uno al otro, en vez de auxiliarse. El principio extraño producía progresos; el elemento nativo dictaduras».

Los libertadores que se negaban a ser conquistadores tuvieron que acabar siendo dictadores. Había que alcanzar por la fuerza lo que la experiencia histórica no daba. Y de allí nuevas subordinaciones, ahora a la de los pueblos vistos como modelos a realizar, a los protagonistas de la otra expansión, los pueblos de la Europa Occidental con los Estados Unidos del Norte de América al frente. ¡Civilización o Barbarie! Dictaduras para la libertad, tiranías honradas y orden para el progreso. La integración que el dominio español había impuesto en el continente estaba hecha añicos con la emancipación alcanzada. «Y ya que la

⁶ BOLÍVAR, Simón: *Carta de Jamaica*, Kingston, 6 de septiembre de 1815.

⁷ BELLO, Andrés: *Opus. cit.*

raza española —dice Bello— se ha mezclado con otras razas en América, ¿no sería posible explicar hasta cierto punto por la diversidad de la mezcla las diversidades que presenta el carácter de los hombres y de la revolución en las varias provincias americanas?».

Había entonces que anular y limpiar todo lo recibido, partir de cero en la recepción de lo extraño. Un necesario lavado de cerebro y de sangre. Esfuerzos que resultarán inútiles, no se podía ser distinto de lo que se era. ¡Seamos los Estados Unidos de la América del Sur! ¡Seamos los yanquis de Sudamérica! Sin embargo, ya lo decían las palabras de Próspero a Calibán en el drama de Shakespeare, *La Tempestad*: «Aunque aprendas, la bajeza de tu origen, te impedirá ser uno de nosotros». La civilización occidental era ajena al espíritu que animó a la expansión ibérica. El Occidente no tenía interés en que otros pueblos aprendiesen sus técnicas y ciencias ni la práctica de la democracia. Esto era algo innato a los hombres que habían creado la civilización occidental y no podía ser compartido. Dentro del progreso estos hombres no podían tener otro lugar que aquel que Bolívar denunciaba frente al coloniaje español. Un puro y simple cambio de señor en que los Estados Unidos, Francia o Inglaterra buscaban la manera de ocupar los vacíos de poder dejados por el coloniaje ibero en América.

1992 *La reconciliación*

En la segunda mitad del siglo XIX, alcanzada la emancipación de los pueblos bajo dominio ibero en América y ante la resistencia del coloniaje occidental a las pretensiones de los pueblos recién liberados para ser de ese mundo, se empieza a gestar el calificativo para América de *Latina*. Designación ajena a las pretensiones hegemónicas de la Francia de Napoleón III. Lo latino estaba ligado a un pasado de tolerancia, integrador de razas y culturas que se pretende asimilar. Antes se habla de una Nueva Romanía, en recuerdo de la Roma que al desaparecer como imperio dejó naciones libres relacionadas entre sí por la cultura de culturas que supo mantener Roma dentro del Mediterráneo. Roma cuyo espíritu había dado hueso y unidad a la diversidad de estirpes y culturas que formaban su imperio, este espíritu fue el latino.

Fueron el chileno Francisco Bilbao y el colombiano José María Torres Calcedo los que reaccionando contra la agresión de los Estados a México en 1847, a la de Centroamérica en 1857, y a la agresión a México de Napoleón Bonaparte en 1861, usarían el calificativo de latina. Frente a la América Sajona y la Europa Occidental exclusivista y agresora se alzaba la otra América, la latina, que heredaba el espíritu de tolerancia latina y la capacidad para integrar en su seno estirpes y culturas diversas. Lo latino más que un calificativo racial es una calificación cultural, la del espíritu capaz de conciliar la diversidad de lo humano. Ustedes, dice Bilbao a los estadounidenses, son grandes, han dominado a la naturaleza y creado su peculiar pero exclusiva grandeza y libertad. Pero en cambio «No abolieron la esclavitud de sus estados, no conservaron las razas heroicas de

sus indios, ni se han constituido en campeones de la causa universal, sino del interés americano, del individualismo sajón». Nosotros hemos hecho todo lo contrario, pese a nuestras limitaciones. El colombiano Torres Calcedo escribe en un poema: «La raza de la América Latina, al frente tiene la sajona raza, enemiga mortal que ya amenaza su libertad destruir y su perdón». Poco a poco el calificativo de latina se generaliza para esta América.

El proyecto liberal de los civilizadores y positivistas en la llamada América Latina, fracasaba. Inútiles habían sido los esfuerzos para que los pueblos de la región dejaran de ser lo que eran para ser otra cosa distinta. Inútil fue la «nordamania» dice el uruguayo José Enrique Rodó al finalizar el siglo XIX. Pero poco antes, en 1898 un fuerte cañonazo despertaría la conciencia latinoamericana, la derrota española en el Caribe y en el Pacífico, ante el repentino y violento ataque de la nación que estaba asumiendo el liderazgo del mundo occidental, los Estados Unidos. Era éste el triunfo del mundo sajón sobre el mundo latino. José Martí, ya preveía este golpe como algo ajeno a lo que era en Cuba una guerra intestina por su libertad entre pueblos iberos y latinos. Rodó lo ve como una agresión del materialista Calibán al espíritu latino de Ariel.

Posteriormente, José Vasconcelos expresaba «Las derrotas de Santiago de Cuba y de Cavite y Manila son ecos distantes, pero lógicos, de las catástrofes de la Invencible». «El conflicto está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo». «Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo, nuestra época; pugna de instituciones, de propósitos y de ideales». Terminaba el Imperio nacido en 1492, lo cual hacía posible la reconciliación entre la América Latina y la Europa Ibera. A través de lo latino se recuperaba a España. «Háblese —dice Vasconcelos— al más exaltado indianista de la conveniencia de adaptarnos a la latinidad y no pondrá el menor reparo; dígasele que nuestra cultura es española y enseguida formulará objeciones. Subsiste la huella de la sangre vertida, huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular». ¿Qué peligro? El que representa el nuevo imperialismo agresor de la América Latina y de la Europa Ibera.

Esta reconciliación alcanzará su plenitud con la presencia en Latinoamérica de la España peregrina que luchaba, como la América Latina, contra el absolutismo español buscando su emancipación. La derrotada República en la guerra civil iniciada en 1936, será vista como la derrota que antes también habían sufrido los pueblos latinoamericanos por alcanzar su independencia. José Gaos, de la España Peregrina en América, habla de la historia común de los pueblos iberos al uno y al otro lado del Atlántico diciendo: «al iniciarse el movimiento de independencia en Hispanoamérica, pese a la arrogancia imperial e, inclusive algunos españoles de los residentes en España comprendieron simplemente con mayor sagacidad histórica, la solidaridad de una nueva España con la conversión de las colonias en naciones. En cambio no comprendió la suya con esta conversión la Primera República Española»⁸. Tampoco la comprendieron los representantes

⁸ GAOS, José: *Pensamiento en lengua española*, Stylo, México, 1945.

españoles en las Cortes de Cádiz, negándose en 1810 a reconocer la igualdad de los pueblos de esta América con los pueblos de los reinos de la Península. Se dudó de la capacidad de los mismos para el autogobierno, aduciendo, inclusive el origen racial que la misma España había propiciado extendiendo la experiencia en la Península. Pese a ello «en el siglo XVIII se inicia la independencia espiritual de la metrópoli respecto de sí misma; se consuma la de las colonias respecto de la metrópoli al iniciarse el siglo XIX». La mayoría de las naciones del continente americano lograron su independencia, incluyendo las insulares, al finalizar el siglo XIX con la intromisión estadounidense para ocupar su lugar. Pero quedaba la propia España, la España de la Península en Europa. «España —dice Gaos— es la última colonia de sí misma, la única nación hispano-americana que del común pasado imperial queda por hacerse independiente, no sólo espiritual, sino también políticamente». Gaos no alcanzó a vivir la realización de esta independencia frente al absolutismo, franquista expresión del absolutismo que habían dominado a las naciones en la América Latina. La América Latina se solidarizó de inmediato con la España reprimida. «Los constituyentes de la nueva Hispano-América en América, muy en primer lugar México, han comprendido la suya con la Segunda República española, ayudándola combatiendo y acogiéndola derrotada y desterrada, reemplazando un anti-hispanismo que seguía siendo reacción contra la vieja España por un hispanismo que promete ser percepción definitiva de la nueva y adopción relativamente a España de una actitud pareja a la adoptada por las naciones hispano-americanas ya independientes».

1898 fue clave en este cambio, es el de la conciliación de España al uno y al otro lado del Atlántico. Este 98, dice Gaos «corresponde a un acontecimiento de importancia máxima a la historia de España y de la América Española», la aventura imperial iniciada en 1492 llegaba a su fin. El ya viejo imperio español pasa a la historia substituido por otro nuevo y pujante imperio, el de los Estados Unidos, forjado en el espíritu de la civilización occidental. «En el 98 —sigue Gaos— al hacerse independiente de la metrópoli la última colonia, no sólo se hacía independiente a ella de la metrópoli: *ipso facto* hacia independiente sucesivamente consigo a las antes también colonias y a la metrópoli misma del pasado común terminando con el imperio en la misma forma en las colonias y en la metrópoli».

La América latina no sólo asumía así el pasado español sino también al espíritu forjado en la Península junto con los pueblos islámicos que le había permitido la integración de razas y culturas en una gran unidad, que se proyecta al Continente Americano, y de aquí al mundo entero. Gracias a este espíritu, dice José Vasconcelos, «En la América española ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un sólo color, de rasgos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraterni-

Descubrimiento de América

dad y de visión realmente universal»⁹. La otra América, la sajona está ahora también latinoamericanizándose con la activa presencia de las razas y culturas que ella misma ha llevado a sus entrañas para hacer el trabajo sucio del imperio. Y lo mismo está sucediendo en otros grandes centros de poder del Mundo Occidental.

(Septiembre, 1991)

⁹ VASCONCELOS, José: *Opus. cit.*